ZOCOS, 31

PADUA, CIUDAD MATERNA

© De los textos, Diego Valeri
© Traducción y notas de Juan José Delgado Gelabert

© Confluencias, 2024
www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Impreso en España

ISBN: 978-84-129263-5-4
Depósito legal: AL 3188-2024

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

DIEGO
VALERI

Padua, ciudad materna

Traducción y notas de

JUAN JOSÉ DELGADO
GELABERT

CONFLUENCIAS
EDITORIAL

ÍNDICE

Introducción 9

I. Padua, entonces 21

II. Sin embargo... 41

III. Ciudad de la memoria 45

IV. Mi Pra' della Valle 49

V. Inviernos 59

VI. Y primaveras 69

VII. Barrio Santa Croce 79

VIII. El gran buey 87

IX. Estudiantes del Bo 91

X. El Pedrocchi 99

XI. Hacia el final del verano 103

XII. Dos ventanas 105
XIII. Huerto suburbano 113
XIV. Sol de invierno 115
XV. Ocaso sobre las colinas 117
XVI. Caseta de guardavía 7 119
XVII. Colinas Eugáneas 121
XVIII. Aguas del Bacchiglione 141
XIX. Olores 147

INTRODUCCIÓN

PROFESOR, POETA

Diego Valeri (Piove di Sacco 1887 – Roma 1976), de quien Confluencias ha publicado *Guía sentimental de Venecia* (Zocos, 25) y *Fantasías venecianas* (Zocos, 26), profesor, poeta y crítico de arte, vivió en Fondamenta dei Cereri, en Venecia, *città dell'anima*, cuya pasión transmitió tanto en verso como en prosa. Había nacido en Piove di Sacco, *città natale*, situada en la llanura Saccisica, entre Padua y Chioggia, a escasos doce kilómetros de la Laguna, si bien a los pocos meses su familia se instaló en Padua, *città materna*, que estará, de una forma u otra, muy presente en su vida y en su obra.

Padua vio crecer a Diego Valeri, allí pasó su infancia y su juventud, estudiando en el instituto

Tito Livio y licenciándose, en 1908, en su Universidad con una tesis en la que relacionaba el teatro francés con el de Paolo Ferrari.

El profesor Valeri ejerció una intensa actividad docente en los institutos de Monza, Pinerolo, Rávena, Voghera, Rovigo, Cremona, Vicenza y Venecia. En lo académico fueron años difíciles, dado que sus ideas socialistas y antifascistas le obstaculizaron el acceso a la universidad, si bien tras la guerra mundial se revisó un concurso del que había sido excluido por no pertenecer al partido fascista e ingresó en la Facultad de letras de Padua como profesor titular de literatura francesa y responsable de la cátedra de Historia de la literatura italiana moderna y contemporánea. A la literatura francesa, que influyó en su obra poética, le dedicó numerosos escritos académicos; también tradujo a autores alemanes (Goethe) y franceses (Flaubert, Maupassant). En 1957 ya con el estatus de profesor emérito, enseñó durante breve tiempo en la nueva Universidad de Lecce, y recibió un doctorado *honoris causa* en la Universidad de Ginebra.

El poeta Valeri, aunque pasa un tanto desapercibido por la crítica y por el público general, ocupó un destacado lugar en la lírica italiana del siglo XX gracias a una voz muy personal producto

de su voluntario aislamiento y de un individualismo que no encajó con facilidad en las reglas de los poetas italianos de su tiempo. Entre sus obras destacan sus primeros libros *Umana* (1915), *Crisalide* (1919) y *Ariele* (1924), que llevó a la crítica a calificarlo como «*el mejor de los discípulos de Pascoli*», *Scherzo e finale* (1937) y *Tempo che muore* (1942), pero sobre todo *Calle del vento* (1975), síntesis de su recorrido biográfico y literario, cuyo título hace referencia a la *calle* que une Campo San Basegio con la de Zattere al Ponte Lungo en Venecia.

La prosa de Valeri está impregnada de ese lirismo tan personal reflejado, por ejemplo, en la afectividad que impregna en la utilización frecuente de diminutivos o en la selección de palabras de poco uso en el italiano estándar. Como prosista se centró en dos aspectos: en el arte, con semblanzas de pintores, catálogos de exposiciones, crítica de arte local o general, etc. y en el reflejo de aquellas tierras que lo vieron nacer, Piove di Sacco; crecer, Padua; o sentir, Venecia. Sus tres ciudades, la natal, la materna y la del alma, a las que trasladó su mirada poética, nostálgica y, por qué no, apasionada del recuerdo muchas veces vívido, del tiempo pasado que ya no es, *Fugit irreparabile tempus*.

CIUDAD MATERNA

Padua, la ciudad de Tito Livio, vio crecer a Diego Valeri quien no en vano la llamó ciudad materna. En Padua hallamos al Valeri estudiante, niño y joven, el de los juegos infantiles en la calle, el de las juergas universitarias en soportales y cafés, pero también al de la ciudad literaria que se extendía más allá de sus muros por aquellos montes de apenas seiscientos metros en la Llanura Padana, esos «Alpes a la medida de los niños», sus amadas colinas Eugáneas, lugar de esparcimiento y de paseo del joven estudiante y poeta, lugar de encuentro con Petrarca, Leopardi, Foscolo y tantos otros poetas. Destacable es que, el primer texto en prosa que publicó Valeri estuvo precisamente dedicado a esas colinas Eugáneas; se trataba de un pequeño opúsculo, casi un folletito para la colección «Visiones espirituales de Italia» dirigida por Jolanda de Blasi, (Florencia) y que se tituló así *Las Colinas Eugáneas* (1932), texto que luego se reproducirá en el *Cuaderno paduano* (1953) y en *Invitación al Véneto* (1977). Dos años después aparecieron dos textos en los que se mostraba Padua; en el libro *Fantasías venecianas*, se incluyeron «Padua, entonces» y «Colinas Eugáneas», este distinto al de la citada colección.

Hasta que llegó *Ciudad materna*, el libro dedicado íntegramente a Padua.

No solo se trata de un libro de viaje en sí, sino también de un libro de memoria, de la rememoración de una ciudad de vivencias infantiles y juveniles que forzosamente es materna porque en su seno el poeta creció y se hizo y fue quien es. Con la mirada del adulto que recupera espacios, personas, visiones, Valeri se adentra en una Padua llena de nostalgia, en una ciudad de preguerra, provinciana, con grandeza, que posee una de las universidades más antiguas de Europa, la primera en entregar un título académico a una mujer, Elena Cornaro Piscopia, y la que sostuvo en sus aulas a san Alberto Magno, a san Juan Nepomuceno, a Nicolás Copérnico, a Galileo Galilei o a Franco Volpi.

Valeri nos lleva a la Padua de las fascinaciones infantiles y de los juegos de niños en el Pratto della Valle; a la señorial de las salas del emblemático café Pedrocchi, que dieron cobijo a los revolucionarios del 48, como en su época a profesores y a alumnos; a la de las aguas navegables del Brenta, el Bacchiglione y los canales menores como el Piovego, rodeados de terraplenes preparados para el paseo en cualquier estación del año;

y siempre impregnada de esa literatura a la que está ligada, no ya solo por ser cuna de Livio y tumba de Petrarca, sino también de Padua son los estudiantes de Shakespeare de *La fierecilla domada*, y con Padua se relacionan ilustres nombres como Dante, Foscolo, D'Annunzio o Shelley y Byron..

PADUA, CIUDAD MATERNA

En este libro se recogen los textos que Diego Valeri dedicó a la ciudad de su infancia y juventud, pero como sucede en otros libros de Valeri estos sufrieron algunos avatares, en su devenir por las distintas ediciones, que intentaremos aclarar.

De los 19 textos que conforman *Padua, ciudad materna* 14 habían aparecido antes de esta edición: en 1934, «Padua, entonces» y «Colinas Eugáneas» se mezclaban con otros 10 textos dedicados a Venecia en el magnífico *Fantasías venecianas* (Zocos, 26)

En 1944 aparece por primera vez *Ciudad materna*, en Le Tre Venezie, libro dedicado en exclusiva a la ciudad de sus juegos y estudios, de sus primeras experiencias vitales. En este se incluían «Padua, entonces» y «Colinas Eugáneas», que Le Tre Venezie suprimió de una nueva edición de *Fantasías venecianas* de ese mismo año.

En 1953 Mondadori publica un *Fantasías venecianas* en el que se añaden 8 textos a las *Fantasías* de 1934 y al que sigue el llamado «Cuaderno paduano» donde reaparecen los dos textos desaparecidos de *Fantasías venecianas* que formaron parte de *Ciudad materna* (1944); el «Cuaderno» se abre con «Ciudad materna» nuevo título para «Padua, entonces», le sigue un apartado que bajo el epígrafe «Papeles sueltos» recoge 12 textos más breves, y se cierra con *Colinas Eugáneas*, pero se reproduce el texto de *Las colinas Eugáneas* de 1932 y no el de *Fantasías venecianas* de 1934.

En 1967, en una edición no venal se incluye en el título por primera vez el nombre de la ciudad, título por el que hemos optado para esta edición.

Los textos que presentamos son la traducción íntegra del libro *Ciudad materna* (Massimiliano Boni editore:1977), el cual, por la nota aclaratoria del mismo Valeri, apenas mes y medio antes de su muerte, hay que suponer que fue la última versión que quizá pudiera revisar el autor, quien nunca pudo ver el volumen impreso.

NOTA A LA TRADUCCIÓN

A pie de página el lector encontrará las variantes más significativas respecto de los textos publicados en *Fantasías venecianas* (1934) FV y en el *Cuaderno paduano* (1953) CP, pero en ningún momento se ha pretendido realizar una edición filológica crítica, por lo que se obvia señalar diferencias de puntuación o tipográficas y demás variantes sin relevancia para la lectura.

Hemos conservado las palabras dialectales de las que apuntamos la traducción en nota, incluso de aquellos términos que de seguro son comunes al lector aficionado a libros sobre Venecia y el Véneto.

Dadas las constantes referencias, sobre todo literarias, la prosa de Valeri puede ser susceptible de innumerables notas eruditas; intentando evitar el exceso de las mismas, nos hemos limitado a anotar aquellas que hemos creído más oportunas para el lector común, otros sabrán perdonarlo.

Juan José Delgado Gelabert

PADUA,
CIUDAD MATERNA

Un libro que, después de más de treinta años de su primera aparición, vuelve a escena, es decir, al escaparate, o es un *revenant*[1] evocado por quién sabe qué sortilegios, o es, sencillamente, un libro vivo, obstinadamente vivo.

Esperemos que así sea, mientras tanto agradezco de corazón a Massimiliano Boni, amigo de los poetas, a quien pertenece la idea de esta reimpresión.

D.V.

11 de octubre de 1976[2]

---

1 *Resucitado*. En francés en el original.

2 Diego Valeri murió el 27 de noviembre del mismo año. El libro se publicó de manera póstuma en 1977.

I

PADUA, ENTONCES[3]

En mis más lejanos recuerdos hay una ciudad grande y profunda, erizada de murallas y de torres macizas, muy oscura bajo un cándido cielo estival, cargada de silencio, de miedos y de una dulzura triste y, no sé cómo, materna. Alrededor, el misterio de la campiña, la llanura infinita, adonde llegan los viejos mendigos descalzos, los terneros atados al carrito, los montones tambaleantes de heno.

El sombrío enredo de calles y callejones de repente se abre de par en par en plazas inmensas, donde el sol se estanca como agua de oro, acariciando vestíbulos y escalinatas de palacios

3 Aparecido en *Fantasías venecianas* (Zocos, nº26, Confluencias:2022) en 1934, se incluyó luego en el «*Cuaderno paduano*» (*Fantasías venecianas*, 1953) con el título de «Ciudad materna».

impenetrables. En una de estas plazas, sola y enorme, hay una iglesia: una montaña de ladrillos desteñidos, sobre los que se apilan grandes cúpulas azul marino, semejantes a nubecillas hinchadas de tempestad. En otra, un bosque altísimo dilata su copa y su sombra sobre un prado redondo; le dan la vuelta cien magos de piedra, medio blancos y medio negros, trazando extraños gestos de encantamiento en el aire feliz, reflejándose en un lúcido canal cerrado en anillo.[4] Entre la espesura de las casas aparece de vez en cuando un río rápido y alegre; balcones con pérgolas se asoman a mirarlo, y matas y retoños temblorosos, crecidos entre las grietas de los muros.

Camino, abandonada la mano en la mano de la tía Neni, bajo interminables soportales, a lo largo de tapias de invisibles monasterios, por bulevares listados de zanjas pálidas, atónitas.

¿Adónde vamos? Quizá a aquella casa hermosísima y un poco siniestra, que tiene innumerables habitaciones y pavimentos que resplandecen como espejos; quizá a aquella capillita oscura, donde los cirios arden tan vivos entre grandes

4 Hoy son 78 las estatuas que rodean Pratto della Valle.

ramos de gladiolos y rosas; o quizá a aquella tienda de maravillas, donde se amontonan a la buena de Dios, en la penumbra, cabezas de muñecas y soldaditos de estaño, peonzas y títeres, y un viejo hechicero barbudo está sentado en el torno, al fondo, bajo un rayo tenue que no se ve de dónde cae...

Por supuesto, esta ciudad tiene un nombre: un nombre que siempre hemos sabido, sin que nadie nos lo enseñe.

Pero decir Padua ¿no es como decir todo el mundo?

Más adelante, recorriendo el país de la memoria, me encuentro, no sé con precisión cuándo, en otra ciudad; la cual, sin duda, es la misma de antes, pero tan cambiada que casi no la reconozco.

Ahora Padua es sola y sencillamente una ciudad; y el mundo comienza justo allí donde ella acaba. Los trenes que pasan, con una negra ráfaga y un silbido, haciendo temblar las verjas de hierro a las que trepo para verlos mejor, corren, lo sé bien, por todo el mapa, hacia todas las direcciones, a lo largo de esas rayitas rojas

que son las vías férreas. Pero, para ver mundo, yo no necesito trenes.

Si salgo por Porta San Giovanni y voy adonde va la hermosa carretera, amarillenta y lisa en la sombra cariñosa de los plátanos, llego a las colinas de Teolo, que son verdaderos montes, de un verde cálido y denso, considerablemente sombreado de violeta; bien los vi ese día que, siguiendo a los soldados en marcha, me empujaron hasta allí, despreocupado de todo, ebrio de aire y de heroicas fanfarrias. Saliendo, en cambio, por Santa Croce, si me meto por la orilla del Bacchiglione y voy al encuentro de la corriente, alcanzo pronto el bosquecillo de Brusegana: una pequeña parcela de naturaleza al natural, llena de flores, pájaros y lúcidos fantasmas bellísimos e incomprensibles. El Brenta está al otro lado de la ciudad, fuera del Portello y de Codalunga; huye, arrastrándose entre profundos diques herbosos, por una suave campiña, diseminada de casas, bosques y campaniles, como bebido por el insuperable vacío del horizonte bajo.

Desde lo alto de las orillas y de los puentes me gusta dirigir la mirada hacia la ciudad y verla